

CHRISTOPHER Ivanova

Mauricio de Jesús Polina Cano

Redactor y profesor de servicios docentes literarios de Aguascalientes

Todo comenzó como algo que Christopher Ivanova pensó que había soñado. Su cuerpo estaba mojado. Experimentaba una sensación en su anatomía de aire, tal pareciera que por sus huesos las ventiscas de aire no encontraban obstáculos. De los brazos y las piernas yacían ramas verdes espesas, y en las mismas se ubicaban pajarillos. No sabía si era parte de un sueño. Su boca era protagonista de un manantial en el que se albergaban sirenas. Eran sirenas de colores plateados en lo correspondiente a sus brazos y piernas. Los vellos eran de tonalidades azules, verdes, y unas pocas gamas de amarillos se podían ubicar en las piernas.

Era una boca, la de Christopher Ivanova en colores morados. Los dientes del hombre funcionaban como pequeños peldaños para que tortugas, sapos, ranas y algunas especies de lagartos, vivieran de manera armoniosa. Vivían felices, en el ecosistema de la boca que siempre los mantenía húmedos. Nada extrañaban de un ambiente natural, porque nada habían conocido antes que no fuera la cavidad de la boca. Los ojos de Christopher estaban cerrados, y de sus pestañas emanaban bellas, delicadas y divinas catarinas. La imagen bien podría ser comparada con alguna estampa de Van Gogh.

Los pómulos eran los encargados de acoger a pequeños peces. Se trataba de bellas especies. Eran especies que no necesitaban de mucho espacio para vivir. En esa zona, los pómulos, se les veía felices. Era una ceremonia de concordia ver la manera como convivían en comunidad.

Christopher Ivanova estornudaba y de sus fosas nasales se desprendían un líquido y un vapor de color rojo y rosa. Los colores y las acciones naturales de un ser humano no agradaban a los habitantes de su cuerpo, se sentían como partícipes involuntarios de un temblor. Todo volvía a la normalidad por otra temporada. Christopher era partícipe, testigo incrédulo de lo que estaba viviendo de manera inexplicable.

Las orejas eran las cavidades exactas para que delfines y orcas vivieran, y cada dos horas saltaban al aire como muestra de su júbilo, felicidad y agradecimiento por pertenecer a un cuerpo tan bellamente esculpido.

—Mamá, mamá, ¿qué dice allá arriba? —Dice “Christopher Ivanova”. Lo que estás viendo es una estatua que hicieron en su honor. No se sabe a ciencia cierta si fue un personaje, una persona. Lo único que se sabe es que...

—Perdón, señora, pero ya vamos a cerrar el lugar.

